

DISTRAÍDOS VENCEREMOS

COLECCIÓN FONTANELA

2

ANDREA VALDÉS

DISTRAÍDOS VENCEREMOS

USOS Y DERIVAS EN LA ESCRITURA
AUTOBIOGRÁFICA



JEKYLL & JILL

ZARAGOZA 2019



MAURA LOPES CANÇADO

HOSPÍCIO
É DEUS

1989 Alvaro, editor: 11A

MAURA LOPES CANÇADO

HOSPÍCIO
É DEUS

1989 Alvaro, editor: 11A

INTRODUCCIÓN | 13

PRIMERA PARTE | 21

POÉTICA DEL ENCIERRO

Rosa Chacel, Maura Lopes Cançado | 23

POÉTICA DEL INJERTO

Carlos & Carlos Sussekind, Jorge Baron Biza | 46

POÉTICA DE LA CREENCIA

Severo Sarduy, Héctor Viel Temperley, Mario Levrero | 69

SEGUNDA PARTE | 97

VAHOGRAFÍAS

Lucio V. Mansilla, Héctor Libertella,
Osvaldo Baigorria y María Moreno | 99

CORREAS, EL YIRÓGRAFO

La operación Masotta, Carlos Correas | 119

TERCERA PARTE | 131

ELLAS TAMBIÉN SANGRAN

La bibliografía como autorretrato, Gelen Jeleton | 133

**DE UNA ISLA INUBICABLE A UNA FAVELA
QUE SE DESINTEGRA**

Audre Lorde, Gloria Anzaldúa, Aurora Levins
& Conceição Evaristo | 143

NOSOTRAS / NOS-OTRAS | 149

ANEXOS | 169

BIOGRAFÍA DE AUTORES | 171

BIBLIOGRAFÍA DE TEXTOS Y CITAS | 181

A mi madre

INTRODUCCIÓN

VERME

con la imagen	...se duerme
de una	con
barca...	un escarba-
	dientes
rota.	en la boca...
...el refri-	
gerador	se duerme
en su	con
punto	un
máximo...	sombrero
	puesto...
...bloques	
de hielo...	...se dormita.
...flotan.	...paisaje
	blanco...
	...calmo

Empiezo con estos versos de apenas unas palabras que, en lo que dura el poema, de varias páginas, irán perdiendo sus sílabas y formando una estela de puntos como los que se veían en los viejos televisores, a medida que uno se acercaba a ellos. Su autor es Leónidas Lamborghini. Para unos, el único poeta decente del peronismo y, para otros, precursor de la escritura viral además de dueño de un modestísimo huerto en el que celebraba la velocidad

a la que crecían los rábanos, lo que en sí no nos protege de mucho. En cualquier caso, me gusta empezar con alguien dormitando frente a una pantalla y su rostro reflejado en ella, aunque a veces ese rostro se funda con otras imágenes, pues *Verme* es un poema catódico en el que caben libélulas y osos polares, incendios y cowboys. Quizás su autor hubiera preferido que no se nos desvelara esta circunstancia y nos dejáramos llevar por sus versos, llenos de interferencias, pero la tentación de decodificar un texto o pensar su truco es tan humana como el periodista que aún pregunta en qué medida una obra es autobiográfica. Dudo que haya interrogante más idiota ni respuesta más compleja. Me digo que lo natural es no saber contestarla como sucede con la voz extraña, esa de la que nos habló Fabián Casas en uno de sus talleres al que me apunté estando en Buenos Aires. Siendo difícil de definir, se reconoce en seguida en un texto. No es lo que dice sino lo que está justo detrás. Una tarde él nos animó a alcanzarla, escribiendo en contra de nuestra habilidad y aun a riesgo de que nos saliera algo muy distinto de lo que esperábamos. Puede que un letal almohadón de plumas, como aprendimos al leer a Horacio Quiroga, o una niña bizca, y aquí pienso en Silvina Ocampo, o un escritor que, estando de visita en una gran ciudad, empieza a descomponerse, cambia, como sucede en *Lord* de João Gilberto Noll. Cuando le escribí por mail reclamándole una entrevista, él me dijo que sí. Más tarde me confesó en una escueta línea que no se veía con fuerzas de con-

testar a mis preguntas de lo mucho que le consumía el desarrollo de su nueva obra. «Lo siento. No me queda espacio para ninguna otra cosa». Aquel hombre murió a los tres días de mandarme esta respuesta, sin que se aclarara el motivo de su repentino silencio. ¿Pudo aquel libro agotarle hasta ese punto?

No es que me proponga despejar la espinosa relación entre escritura y vida, aunque en los casos que abordaré a continuación esa tensión sea evidente, quizás porque todos se escribieron en circunstancias muy adversas y con la consciencia de que una nunca es del todo dueña de su biografía, como para encabezarla con el prefijo 'auto', sin cuestionarlo ni hacer trampa. No en vano a este género ya le han salido hijos bastardos y hay quienes describen su propia obra de otro modo. De la 'transbiografía' a la 'escrevivência': ¿Qué significan estas palabras? ¿Existen por capricho o designan algo inédito? Con esto en mente me puse a investigar, escorando mi interés hacia Sudamérica y, especialmente, Argentina y Brasil, países que visité en el marco de este proyecto apoyado desde el inicio por Valentí Roma y La Virreina Centre de la Imatge, y que nació de mi reflexión sobre lo que yo le pido a un texto, así como de mi necesidad de dar con nuevas voces.

He sido librera durante más de diez años y me consta que hay obras que no llegan a nuestros estantes. Muchas veces me he preguntado si la idea de Sudamérica con la que yo crecí no la habrán diseñado unos cuantos desde sus despachos. Como muchos, tuve mi primer contacto

a través de las novelas de García Márquez, Vargas Llosa y Cortázar. De repente un Juan Rulfo. Borges llegó mucho más tarde. Irrumpió cual meteorito que obedece a su propia lógica. En cualquier caso, los paisajes que aquí abordo pertenecen a otro filón, si es que ese filón existe. Puede que me lo inventara yo misma pues no me consta de ninguna publicación que le tomara el pulso de corrido a estas escrituras, a veces terminales, otras un poquitín cafres. Las hay incluso que se saben fallidas pero también valientes, libres. Reúnen todo lo que espanta al mercado y, sin embargo, ¡cómo respiran!

Para no perderme dividí el proyecto en varias partes. En la primera, que ordeno en tres poéticas, el único périmetro que me impuse fue el cuerpo del autor. Empiezo con los diarios de Rosa Chacel, quien vivió veinte años de espaldas al trópico, y el de Maura Lopes Cançado, chispa intermitente que fue apagándose tras su ingreso en distintos manicomios. Dos obras, una bulímica y otra fracturada, fraguadas en una inmensa soledad, y que comento atendiendo a lo que queda fuera, a lo que no se enuncia en ellas. A la poética del encierro le sigue la del injerto, donde analizo las novelas de Carlos Sussekind y Jorge Baron Biza, escritas ambas al calor de una experiencia traumática donde el hijo trata de sobrevivir al padre. Y cierro finalmente con la poética de la creencia, en la que Cristo —¡sí, Cristo!— aparece como pintura, postal y luz,

centrándome en un breve ensayo de Severo Sarduy sobre sus cicatrices, que encadeno con el último poema de Héctor Viel Temperley —en el que apenas se reconoce—, y el prólogo enquistado de Mario Levrero, a quien me dirijo después de muerto, pensando que igual me lee. Adelanto que no hay nada en ellas que nos induzca a la desesperanza. Más bien recogen ese anhelo tan humano de dar con lo sublime, lo que a mí me despierta una ternura infinita.

No hay que dar nada por hecho y menos al autor. En *Vahografías*, episodio que da inicio a la segunda parte, me centro en esta figura basándome en esos casos donde su presencia me resulta muy ambigua al ser una simulación, un artificio. De Lucio V. Mansilla a Héctor Libertella pasando por Osvaldo Baigorria hasta María Moreno. Voces que se disgregan, ausentan o confunden con su objeto de estudio, forzándole las costuras al texto. Un caso aparte es *Correas, el yirógrafo* en el que hablo de un aprendizaje, el de dos amigos que se inventaron como intelectuales a través del cine y los libros para acabar siendo presa de sus propias proyecciones, lo que considero un peligro.

Finalmente, en la tercera parte, asumo la cuestión de las diferencias culturales, a partir de esos sujetos que han sido histórica y políticamente silenciados y que forzosa-mente me interpelan, como una mujer que lee a otra, desde una posición privilegiada. Basándome en un texto de mi amiga Gelen Jeletón, *La bibliografía como autortrato*, escucho, copio y releo a Gloria Anzaldúa, Audre

Lorde, Aurora Levins y Conceição Evaristo, vinculando su producción a escenarios muy específicos —es decir, una frontera, una isla remota, una reserva indígena y una favela—, y a una memoria que aún brillando con luz propia atraviesa sus cuerpos. Por usar una de sus palabras, son escrituras-puente. ¿Quizás el futuro? En cualquier caso siento que con ellas yo aprendo a leer de nuevo.

Entiendo que, de entrada, algunos puedan encontrarse algo desubicados en estas páginas, en las que apenas hay notas al pie o un texto original con el que cotejar si lo que yo escribo son barbaridades o aproximaciones de buena alumna (me parece que hay de ambas cosas). Es más, siendo consciente de esta posible desventaja, les animo a dar un paso más y, si es preciso, a leer lo que sigue como si los citados autores ni siquiera hubieran existido, como otras vidas imaginarias. Lo sugiero a modo parcial, en la medida en que reivindico sus voces y valga el apéndice como chuleta para acabar de situarlas. Luego es cierto que, en todos estos casos, del primero al último, se me hace difícil determinar en qué medida hubo o no coqueteos con la ficción. De hecho, su ambigüedad me los hace aún más auténticos y por eso me niego a despejarla. Tampoco es que se me reclame pues no los comento como académica ni crítica, sino a título personal y al margen de un debate que, como muchos, considero agotado: no, los límites de lo autobiográfico no están forzosamente en la ficción sino en nuestra propia existencia que todo lo rebasa y nos obliga a repensar-

nos, desde la extrema banalidad a lo que hoy se considera extraordinario.

En cuanto al título, se lo robé a Paulo Leminski, poeta brasileño y sin duda ecléctico, porque pienso que le va mucho a estas obras que en su rabiosa heterodoxia me fueron tan vitales y esto quizás sea lo más importante. El saber que para mí ya son una victoria de la que simplemente quise hacerles testigo y —¿por qué no?—, sumar partidarios. *Distraídos venceremos*.

Barcelona, enero de 2019

PRIMERA PARTE

POÉTICA DEL ENCIERRO

I. *Diarios,*
Rosa Chacel

Asco. A veces repugnancia. Cero, cero, cero. Nada. Mierdecita. Así empezaron algunos de sus días. A Rosa Chacel le leí presentimientos de una sola línea. Otros le ocuparon varios párrafos. Por no hablar de las meteduras de pata que menciona en sus diarios, entre tantos temores y aciertos. Es por ellos que esta mañana me planté en Paquetá, paraíso cercano y hoy venido a menos, al que solían escaparse las clases pudientes para descansar del bullicio carioca. Sus calles siguen sin asfaltar y en uno de los parques abunda la rocalla, aunque aquí no veo residencias como la del marqués de Marianao. Todo es mucho más plebeyo. Rodea a esta colorida isla un agua oscura y contaminada. Nadie se baña, pero advertirlo no le resta encanto. Al revés: confirma una anomalía. De esos lodos... ¿esta belleza? ¡Milagro! Su rincón más humilde quizás sea el cementerio de pájaros donde Chacel, que nació en Valladolid, pasó tantas horas de su prolongado exilio. Yo, sólo un rato bajo un silencio que no debió ser muy distinto al suyo. En esta isla, visible desde Río de Janeiro, nadie la conoce. Entiendo que ir en su busca es como llegar a Brasil por la puerta de atrás, lo que aquí se acostumbra en

muchas casas. Se trata, pues, de una aproximación discreta, pero esa puerta, que es la de servicio, también tiene sus ventajas. Me da acceso a un espacio más íntimo.

En un momento dado, Rosa Chacel debió felicitarle por algo insólito: rebasar los cincuenta sin un editor fijo.¹ Para entonces, ya había escrito varios libros que en su alejada España leyeron cuatro gatos, pese a las buenas críticas y los artículos. Uno, que se publicó con su foto, lo volvió a ver al día siguiente al bajar temprano al mercado africano de su barrio donde lo usarían para envolver lechugas. «La gloria hoy día es así; así se ven las bellas, las reinas y emperatrices. Lo que no suele suceder es que los originales de esos retratos con que se envuelven las lechugas vengan en persona, capacho en mano, a comprarlas.» Y añade: «Pasé de largo, por no matar las ilusiones».

No es la única anécdota que nos indica cuál fue su suerte, aunque quizás exagerase un poco, en vista del interés que despertó en varios escritores, de Luis Cernuda a Mario Levrero. O de su tardía aparición en la tele, donde se la ve sentada en una butaca despotricando del arte abstracto y animando a la juventud a ser olímpica y cuidar de sus cuerpos. A Ana María Moix, con quien empezó a cartearse cuando ésta apenas tenía diecinueve años y Chacel ya iba camino de los setenta, también le dio más de un consejo, alguno importante, pero en mis reitera-

¹ Su primer premio, el de la Crítica Española, lo recibió a los setenta y ocho años.

dos encuentros con Ana nunca se me ocurrió preguntarle qué pensaba realmente de su antigua destinataria, y es una lástima. Tampoco es que pudiera prever mi repentino interés por sus libros, a los que llegué husmeando en la biblioteca de la Universidad de Barcelona, cuando este proyecto apenas empezaba a tomar forma. Entonces me chirriaba un poco lo de viajar hasta Sudamérica para buscarme en la perplejidad del otro cuando podía hallarla en mi propia casa. De ahí, en parte, lo de empezar con Chacel, quien vivió en Río como quien vive en Valladolid. Que su rostro acabara envolviendo una lechuga no es algo menor. Me pregunto cuánto amor propio debe tener una para contarlo de ese modo. Puede que mucho o, al revés, no tenerlo en absoluto, pues si algo me quedó de sus diarios, además de su velado humor, es la sensación de impotencia que le acompañó hasta la muerte. Ella la menciona varias veces sin achacarla nunca a su larguísimo exilio ni explícitamente a su matrimonio con el pintor Timoteo Pérez Rubio, con quien tuvo un hijo. Tampoco a su deseo de escribir en un mundo dominado por hombres, pues Rosa Chacel ni fue feminista ni demasiado empática con quienes lo tuvieron aún más difícil. Apuesto a que su amor a la inteligencia nunca entendió de circunstancias y esa dureza tal vez fue su mayor pecado. O el más desagradable. Claro que también fue muy exigente consigo misma, pues nunca se cansó de hacer arreglos. Muchos afectaron a su obra, que trabajó hasta el último aliento. A un piso modesto y al que nunca le